

Viene diciéndose desde tantos siglos, y en cada uno tantas veces, que la definición del Hombre es «animal racional» que mencionarla una vez más no agravará notablemente su condición de manoseada y su bien merecida depreciación, por andar en todos los manuales de lógica y obras de antropología.

Pero si el género próximo (animal) y la diferencia específica (racional) de hombre son, admitámoslo, intocables e inmutables, y encima de eso poco sugerentes, con todo ciertos manuales de lógica clásica añaden una categoría más a las constitutivas de la definiciones, así que a la del hombre es «ser reidor» –diríamos «poder reír» si no fuese largo, o «risible» si no resultara unilateralmente sesgado, o hacer el «ridículo» si no sonara tan mal.

*Lo propio*, dicen las lógicas aludidas, consiste en una calidad que emana de manera inmediata, primogénita, de la diferencia específica precisamente, cual su primera «secuela», o su primera «manifestación», respecto de otras que o no se siguen necesariamente, provienen del género próximo o remoto, cual tener dos ojos o pesar unos kilos.

Todo esto resuena a técnica –discutible, tal vez sin ninguna otra calidad más que la de «añejo».

La *capacidad de reír* (*ridere*) es un propio del hombre en cuanto *racional*. Que uno se ría, de hecho, o no se ría, que pase su vida entera con la cara seria de burro, no aniquila su capacidad de reír.

Pero *reír* es una palabra modulable de mil maneras, y todas ellas *propias* del hombre, distintivos de segunda potencia

de su *racionalidad*. Reír, reírse de, hacer el ridículo, ridiculizar, sonreír, reírse a carcajadas, todo eso, y más, son manifestaciones propias, peculiares, de la *razón*. Pocos lo dijeran. Creemos, con la manga ancha de la benevolencia, que lo propio, típico y característico del hombre es ser *racional* –tener razón, razonar–. Y se nos hace extraño oír, o leer, que reír es tan manifestación propia de la razón como ensartar premisas y secuelas de modo que resulte un silogismo o teorema. No caemos en cuenta de la cara *seria* que hace, inevitablemente, todo demostrador –matemático o teólogo o filósofo–. Tomar a risa el teorema de Pitágoras, o hacer bromas a costa de la Teoría de la Relatividad restringida, o de la Fenomenología del Espíritu o del Capital... nos parece desacato –y propósito, al menos–; cuando reír, sonreír, ridiculizar, bromear... son tan racionales manifestaciones como deducir, inducir, integrar o diferenciar.

Pero, así como hay malas deducciones y demostraciones defectuosas, hay sonrisas, risas y ridículoes extemporáneas y desproporcionadas.

Podemos sonreír, sin llegar a risa, ante el título de aquella obra de Kant: *Prolegómenos a toda metafísica futura que haya de mantenerse dentro de los límites de la experiencia posible*; mas los admiradores, reverentes y perseverantes, de Kant no podemos evitar al leerlo un cierto temor de que Kant se ponga en ridículo –con el correr, inexorable, de los siglos y de la ciencia.

Y, por supuesto, todos los escritores y escritoritos –que por ahí se comienza– pondríamos más cuidado en la fraseología, adverbios, comparativos y superlativos si escribiéramos con leve sonrisa en los labios, o con un cierto temorcillo de hacer el ridículo, hacer reír o sonreír a ciertos posibles, y deseados, lectores. Saldrían ganando el estilo en soltura, en gracia, y el autor en modestia.

Sonreímos, complacidos, al leer que Santo Tomás dedica la *Summa theologica ad tyrones* a los principiantes. Sinceramente, con la sinceridad de su alma de niño grande y bueno, creyó que tal obra no estaba a la altura de teólogos, gente seria, sino a la de los principiantes –jóvenes de sonrisa a flor de labios, siempre tentados a reír, a veces en las más solemnes y graves circunstancias.

Pero hace impagablemente el ridículo –sin pretenderlo, cual buen comediante– un autor de los tiempos barrocos en literatura española, quien puso a su obra ascética el título de *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo*.

Y ¿quién puede leer las *Floreccitas* de San Francisco de Asís o la *Vida de los Padres del Desierto* sin la sonrisa en los labios? –obras las dos de delicioso halago a la racionalidad, que nos muestran, sin la seriedad empacada de la Teología, que la Verdad, la Santidad, es Bella de ver, que es Graciosa, que es su Graciosa Majestad; que la gracia divina puede llegar a ser graciosa.

Oscar Wilde nos recordaba un deber social, no siempre advertido, menos aún cumplido: se debe contribuir con algo a la murmuradera social. No tanto en el sentido de inventar o repetir chistes o propalar escandalejos de otros, cuanto en esotro más sutil que es «dar que reír», «hacer un poquito el ridículo», para que los otros se rían o se sonrían; todo lo cual no será sino ayudarnos a ser lógicos, a ser racionales, de manera graciosa, y no con la seriedad pasmada de los burros.